

Editorial

48

En los lejanos tiempos del franquismo existía una vía automática para desechar cualquier opinión, juicio o información sin pasar por el enojoso trámite de tener que discutirla. Bastaba con emparentarla con el comunismo. *Eso es comunista*, se decía intimidatoriamente. Y el que lo había sustentado, tanto más si no lo era, debía sentirse seriamente preocupado porque le tacharan de tal.

Pasan los tiempos, pero no las estrategias discursivas que tan solo invierten su signo.

Así, hoy en día, cuando se trata de desechar una información, juicio u opinión sin tener que pasar por ese tan desagradable expediente de la discusión argumentativa, se recurre exactamente al mismo procedimiento. Se dice que *eso es de extrema derecha*. Y ahora también, una vez más, los que se sienten especialmente intimidados son aquellos que, no siéndolo, temen verse identificados de tales.

Con qué orgullo el franquista de entonces expresaba su adhesión al Movimiento cuando realizaba sus denuncias, seguro de que los suyos le valorarían tanto más cuanto que por esa vía se negaba a discutir las opiniones, juicios o informaciones denunciadas.

Y con qué orgullo el progresista de hoy...